

EL PSICOANÁLISIS, LA REALIDAD Y EL TIEMPO

Pedro J. Boschán

El hombre solo se conoce a sí mismo a medida
que conoce el mundo, el cual él solo percibe en sí
apenas, percibiéndose como parte de ese mundo

Goethe

En el milenio pasado participé de un panel sobre la teoría y práctica en tiempos de crisis. Y esto no fue hace tantos años como lo que sugiere el cambio de milenio: apenas cinco han transcurrido desde entonces; pero parecen tantos más. La velocidad de los cambios nos asombran; y estos cambios, como veremos, se refieren tanto a los cambios materiales como a lo que Wolfgang Iser, un teórico de la intertextualidad, llama "el repertorio": las convenciones, normas, tradiciones, contexto socio-cultural, valores de la época y hábitos de percepción con los que pensamos la realidad.

Los psicoanalistas estamos abocados a trabajar con el pensamiento humano, con el como se piensa: como cada uno se piensa a sí mismo, a los demás, a su pertenencia, las representaciones sociales que nos constituyen y nos alienan; y a las respuestas que devienen de este pensar. Las consecuencias de estos diversos modos de pensarse y pensar al otro, devienen acciones de consecuencias enormes en el lazo social. Y precisamente la preservación del pensamiento **humano**, base de la responsabilidad individual y social, es uno de los cometidos fundamentales que enfrentamos. Levy-Brühl nos señala la maduración y creciente complejidad del sentido de responsabilidad.

El como se piensa el sujeto a sí mismo y al otro, la sociedad y los modos de estar insertos en él, es uno de los ejes fundamentales con los que nos enfrentamos: esto es, la red vincular y social, fuente de las significaciones específicas que a la vez producen y alteran la subjetividad, y que son la base ética de nuestro modo de relacionarnos con el otro. Pensemos simplemente en los modos de utilizar los pronombres: quien es Yo, quienes somos Nosotros, quienes son Ellos, es decir el como entendemos nuestra relación con el semejante, con la alteridad, con el mundo.

Castoriadis define dos tipos de sociedad: la heterónoma y la autónoma. En la primera, cuya característica es que el poder está fuera de las personas que la integran, y estas se ven sometidas pasivamente a ese poder, opera lo que él denomina clausura de sentido: todas las preguntas formulables por esta Sociedad ya tienen respuestas establecidas en sus significaciones imaginarias, y las que no puede hallar, son tanto prohibidas como mental o psíquicamente imposibles para sus miembros. Una de nuestras responsabilidades es oponernos a esta clausura de sentido, y formularnos las preguntas que aun no tienen respuesta en el imaginario social.

Freud, en El Porvenir de una Ilusión (1927) , señala que el proceso de la civilización humana presenta dos aspectos: el conocimiento y la capacidad que el hombre ha adquirido para controlar las fuerzas de la naturaleza y extraer de ella la riqueza para la satisfacción de

las necesidades humanas, y las regulaciones necesarias para ajustar las relaciones entre los hombres y especialmente la distribución de la riqueza disponible.

Es evidente que el portentoso avance en el primero de los aspectos que señala no ha tenido su paralelo en el segundo aspecto: la inequidad y la violencia social son el centro de nuestro Malestar en la cultura. En estos fenómenos, la constitución de la subjetividad y los procesos identitarios juegan un rol fundamental: el quien soy yo y quien es el Otro para mí constituyen la base del lazo social y de sus alteraciones. El tema de la identidad, el narcisismo y la omnipotencia en el vínculo interhumano, familiar y social, giran sobre ese eje.

Freud señala la dificultad de reflexionar sobre estos fenómenos sin disponer de una adecuada distancia temporal, o como diríamos hoy, en tiempo real; dice: "El presente debe haberse hecho pasado antes que pueda servir como apoyatura para prever el futuro." Esta dificultad se nos hace patente hoy día, en que el cambio vertiginoso de nuestro entorno, nuestros lazos culturales y sociales, incluyendo el modo en que modo de entenderlos nos evoca una angustiosa incertidumbre; nuestro mundo ya no es el mismo que lo que era hace dos meses.

En los tiempos de Freud, tiempos de la modernidad, estos lazos parecían estables; digo parecían, , no lo eran tanto, y prueba de ello fue la primera Guerra Mundial, que al poner en cuestión tantos presupuestos, lo llevó a la necesidad de conceptualizar la pulsión de muerte, aquella fuerza destructiva cuyos efectos en la Sociedad presenciamos horrorizados todos los días.

Nuestra época se caracteriza por cambios veloces e imprevisibles de estos lazos sociales. En pocos años, nuestro modo de entenderlos ha tenido que adaptarse (o no) a modificaciones sustanciales; ya no solo como son, sino en nuestros referentes para pensarlos. Estos cambios se reflejan en el efecto sobre la sociedad de las nuevas modalidades de producción y distribución de la riqueza¹, la crisis del pensamiento contemporáneo y de los valores (que se reflejan en la tensión modernidad-postmodernidad, la *hipermodernidad que señala Lipovetsky*), los efectos de la masificación de la información (la sociedad transparente de G. Vattimo); a esto se agregan hoy los efectos desquiciantes que siguieron al 11 de Septiembre o la guerra en Irak, que nos hacen replantearnos nuestras ideas acerca de las fuerzas que operan en nuestro mundo. Al mismo tiempo, muchas de las concepciones básicas para organizar nuestro pensamiento se ven puestas en cuestión en esta época de "mutación de las referencias y debilidad de las certezas", ya no solo en su contenido, sino en lo que son las referencias para el pensamiento mismo. Así ocurre con las nociones de espacio y de tiempo, que Kant definió como formas necesarias del pensamiento, las ideas de verdad, historia y memoria, (reivindicación tan importante para los derechos humanos), de la realidad y su relación con el discurso, de la **confiabilidad de los lazos sociales**.

En su reciente ponencia en el Congreso Psicoanalítico Internacional de Berlín, W. Bohleber presentó un trabajo, "Recuerdo, trauma y memoria colectiva, subtítulo la batalla por la memoria en Psicoanálisis"(Bohleber 2007) donde discute los efectos que tuvo en el movimiento psicoanalítico la marginación de lo histórico del sujeto en detrimento del "aquí y ahora" en el modo que se concibe la subjetividad, con particular referencia a la integración de lo traumático, tanto a nivel individual como cultural.

Los efectos de estos cambios culturales son globales, pero no son uniformes; el estar ubicados en el Centro o en la periferia implica diferencias que sería grave no tomar en cuenta. En mi país, por ej., los efectos del Proceso y sus secuelas que persisten hasta hoy, ejercen sus marcas indelebles en la cultura: las nociones de Estado y de Ley como garantes

¹ Según datos de la FAO (Food and Agriculture O. UN) TODOS LOS DÍAS MUEREN DE HAMBRE 35.600 NIÑOS EN EL MUNDO

del contrato social, el sentido de pertenencia y de solidaridad, se ven profundamente alteradas. En este sentido, uno de los efectos adversos de la globalización, a la que debemos estar atentos, serían aquellos efectos discursivos tendientes a borrar o uniformar las inscripciones culturales que constituyen el anclaje identificadorio de los pueblos.

Estas cuestiones filosóficas y político-sociales ponen en juego el estatuto del sujeto, sus lazos sociales, su relación con su historia, y en este sentido su identidad; los conceptos de ética y de verdad. Nos son pertinentes; es más, inevitables.

De cualquier modo, este es nuestro mundo y nuestro tiempo. ¿Cómo insertarnos en él preservando nuestros fundamentos básicos, y que cambios nos exige esta inserción? ¿Cómo llevar a cabo nuestra tarea, cumplir con nuestra responsabilidad social, en esta “era del vacío” como lo ha denominado Lipovetzky, era de conmoción de la Sociedad, de nuestras costumbres, del consumo masificado del que tantos están marginados; ante la emergencia de modos inéditos de socialización, individuación y muchas veces de violenta desubjetivización, de nuevas formas de la sexualidad, de la masificación de la información que coexiste con un sentimiento de incomunicación y soledad? Una era en la que el mundo está cada vez más entrelazado a la vez que la gente se siente cada vez más sola y excluida. Creo que esto nos exige una formidable tarea de revisión de nuestra identidad, nuestro pensamiento y nuestro accionar. Abrir la reflexión sobre estos temas es nuestro desafío; son factores a tener en cuenta cuando pensamos en la formación de psicoanalistas, aquellos que deberán ejercer el Psicoanálisis en las décadas venideras de este mundo rápidamente cambiante.

El cambio de paradigmas del pensamiento es un elemento esencial de nuestra era. Así como el pensamiento postmoderno no cancela el pensamiento moderno sino que lo interroga acerca de sus certezas, del mismo modo que la aceptación y el reconocimiento del Inconciente y sus efectos no implica desestimar la conciencia y el juicio de realidad aunque sí el como los pensamos, creo que el cuestionar algunos de nuestros propios conceptos, el tratar de discriminar lo esencial de lo contingente nos enriquece. La genial mente de Freud al concebir el Psicoanálisis, lo hace inserto en una determinada cultura que sin duda influencia sus ideas, que **se apoyan en** y simultáneamente **cuestionan** estos valores culturales. El descubrimiento de la sexualidad infantil cuestiona la idea prevalente de sexualidad, como la de Inconciente cuestiona la unidad del sujeto; al mismo tiempo, al formular estos conceptos, Freud se propone articularlos dentro del discurso científico de la época, que era el de la modernidad. Esta dialéctica, que hoy llamaríamos moderno-postmoderna, sigue vigente en el Psicoanálisis hoy; es más, está en su esencia misma aunque muchos de los elementos culturales en los que se origina han variado².

Uno de los conceptos fundamentales a revisar, es lo que entendemos por “realidad”, ya que es sobre la base de esta comprensión es que operamos sobre ella. El Psicoanálisis introduce la noción de Realidad Psíquica, tomándolo de la Filosofía como una instancia fundamental en la determinación subjetiva. Cuando Freud propone el concepto de realidad psíquica, la “realidad externa” aparecía como sólida e incuestionable; hoy día evoca cuestionamientos tan o más complejos como los que se dirigían al principio a la realidad psíquica.

Recordemos que este concepto surge en Psicoanálisis al abandonar Freud (aunque nunca completamente) la teoría de la seducción. En un panel sobre “La realidad psíquica y la controversia Freud-Ferenczi”, señalé que la creación del concepto de Realidad Psíquica implicó una ruptura epistemológica fundamental que permitió el desarrollo de la teoría psicoanalítica, ya no como una hipótesis para explicar la etiopatogenia de ciertas neurosis, sino como una concepción de la subjetividad humana. Al mismo tiempo, el equiparar

² Así, por ej. cada manera de concebir el Superyo en Psicoanálisis implica un posicionamiento en la relación entre la cultura y el sujeto.

los efectos de la realidad psíquica cargada de deseo con los de la realidad externa, nos llevó a una gran demora en el Psicoanálisis en reconocer y conceptualizar los efectos **permanentes** de la realidad externa sobre nuestra realidad psíquica, nuestra identidad y pensamiento. Esto condicionó una orientación en la adquisición de nuevos conocimientos y prácticas en dirección a lo individual e intrapsíquico, y a creernos relativamente exentos de los condicionamientos generados en el entorno. La mera idea de los **standards** como algo de aplicabilidad invariable sin tomar en cuenta el contexto, apunta a ello. Lo tardío en Psicoanálisis (y en la sociedad toda) del reconocimiento de la incidencia real de la violencia familiar o del Estado, sean a nivel material, o como ataques al pensamiento o a la percepción, de la desocupación y la marginación, tiene que ver con el desfasaje que hoy estamos tratando de zanjear.

Si esto ya era complejo en los tiempos de Freud, el efecto de los medios de comunicación generalizada y las tecnologías de información cambian radicalmente la noción de realidad: la realidad virtual es un claro ejemplo, aunque ciertamente no el único. Scavino señala que a partir de lo que se denomina giro lingüístico en Filosofía, (Lyotard) se modifica sustancialmente la relación entre el Yo, el lenguaje y la realidad: el lenguaje deja de ser un **medio**, algo que estaría entre el Yo y la realidad, y adquiere la capacidad de crear tanto al Yo como a la realidad³. Así, el “Al principio fue el Verbo” de la Biblia toma otro sentido; del mismo modo, la distinción que hace Platón entre Filosofía y Sofística se ve cuestionada.⁴

Esto por supuesto afecta el estatuto de la verdad: si ya no puede ser pensada como correspondencia entre las ideas y las cosas. ¿qué es entonces? Y qué implica este cambio? Recientemente un historiador, David Irving, que niega que haya existido el Holocausto, demandó a una periodista que lo había criticado; el tribunal exigió que se **aportaran pruebas fehacientes de que el Holocausto efectivamente existió**; la prueba aportada era el testimonio de Eichmann, en última instancia un relato. Lo que constituye “pruebas” en un tribunal está esencialmente ligado a como entendemos nuestro “saber acerca de la realidad”.

Antes, la apercepción de la realidad o bien era inmediata, a través de los órganos de los sentidos, que en ese entonces estaban ubicados **dentro** del ser humano (hoy se han expandido tecnológicamente), o eran mediatizados por relatos (es decir pasaban por una simbolización reconocible como tal). El rol fundamental de la familia como mediador entre el sujeto y la cultura, como mediador de estos relatos en las etapas de formación de la subjetividad, y por lo tanto en la constitución de los ideales y valores, ha sufrido enormes modificaciones en esta Sociedad mediática, con repercusiones muy marcadas en los modos de acceder a la lectura de las representaciones sociales, como ha sido expuesto por Oscar Steimberg. Por ello es que en tantas cosas, se da la situación que los padres aprendemos de los hijos.

En este nuevo mundo informatizado, la “sociedad transparente” de Vattimo, la inmediatez sensorial afecta los elementos del juicio crítico; “lo veo, es cierto”. Y viceversa, existe lo que se ve. Ser visto es **ser**; desplazando un sentido más introspectivo del existir. Vattimo señala que hoy día, la censura de los medios de comunicación tal como lo conocimos en épocas dictatoriales sería materialmente imposible; al mismo tiempo, a través de ellos, se imponen modos de procesar la realidad que tienden cada vez más a lo binario, a equiparar la “experiencia virtual” con la experiencia personal, y al establecimiento de un discurso único.⁵ Las características postmodernas hacen mayor énfasis en la constitución especular del sujeto que en el rol de la elaboración imaginativa de sus experiencias corporales y vinculares. El

³ Teorías lingüísticas de Sapir y Whorf

⁴ Protágoras y los sofistas: El hombre es la medida de todas las cosas; solo existe lo que puede ser pensado.

⁵ LA VIOLENCIA CULTURAL DE MERCADO : Información alienada y alienante “intrusionada” en el Yo individual por los medios de difusión masiva.

monto de información disponible aumenta exponencialmente; pero está afectada la capacidad del sujeto de pensar en ello el tiempo suficiente, el tiempo de la reflexión, afectando el juicio crítico. Esto tiene importantes implicaciones sobre como pensamos la constitución de la subjetividad. Baudrillard (1996) señala que la realidad virtual así como otras maravillas tecnológicas equivalentes, conducen a una **fusión** (o con-fusión?) sin separación entre el universo subjetivo y el universo objetivo. De ello se deriva **una compleja perturbación en el sentimiento humano de alteridad.**

En Psicoanálisis estamos habituados a pensar la relación con “lo externo” en términos de su **internalización progresiva**, constituyéndose como lo intrapsíquico en el interjuego con lo pulsional. Pensamos por ej. el Superyo como internalización que se establece **dentro** del psiquismo; nos cuesta pensar en la interpenetración de lo intrapsíquico y la realidad externa, lo que implica concebir un Yo extenso (Merea). Esto hace a como comprendemos que las situaciones graves o traumáticas, a nivel individual o social, nos incluyen y devienen nuestra realidad interna; sujeto, vínculo y cultura son los hilos de una red en permanente anudamiento y desanudamiento. Hilos diferentes pero imposibles de caracterizar separadamente.

Quizás poder pensar que una parte de nuestra mente está **fuera** de lo que consideramos nuestro ser, sea una más de la lista de heridas narcisistas que habrá que agregar a las tres de Freud, que promete alargarse incesantemente

Freud elaboró una teoría de la subjetividad humana que nos la muestra frágil, escindida, múltiple heterogénea; captura el lado oscuro del proyecto de la Ilustración, el lado oscuro de la Razón, que desde Platón constituía su eje. (Châtelet). Este lado oscuro, que nuestra teorización ubica en el Inconciente del sujeto, hoy se manifiesta socialmente en el mundo en que vivimos, contrapuesta a la imagen narcisista del mismo que nos tratan de imponer sus beneficiarios; son fuerzas imperantes, aunque desmentidas, en la Sociedad misma. Como en la psicosis, lo forcluído, despojado de la palabra, vuelve desde el afuera, con una vivencia de Lo Siniestro⁶. Ya Ferenczi 1932), en su controvertido trabajo “La confusión de lenguas....” plantea la desmentida como la imposición violenta desde el afuera de una versión de la realidad que es ajena al sujeto, llevándolo a la disociación o fragmentación. La red global de significación penetra profundamente en la estructura psíquica misma, y a la vez constituye una extensión de la misma, bajo el dominio de la globalización. Modell (1991) habla de una “construcción compartida” de una realidad. ¿En que medida el sujeto de hoy comparte esta construcción, en base a su experiencia y su reflexión, y en que medida le es impuesta por la Neolengua, el idioma mediante el cuál el Gran Hermano de Orwell esperaba lograr el acatamiento incuestionado de sus ideas? Por otra parte, el “compartir” (por imposición) un discurso que lo desconoce o excluye, lleva a la fragmentación del sentimiento de identidad y de pertenencia.

Estas modificaciones del modo de percibir la realidad implica riesgos: el sujeto de la postmodernidad, como lo señala Mardones, puede ser desmemoriado y acrítico. El filósofo italiano Giorgio Agamben nos habla de la “destrucción de la experiencia”, equiparando las condiciones de vida de vastos sectores de nuestra sociedad con los de un campo de concentración: el trabajo esclavo, la anomia, la aniquilación impune por el hambre y las enfermedades, la aniquilación biológica o social decidida arbitrariamente, justificado por los que manejan “el campo” en aras de las leyes de mercado, y desconocidos por el resto de la sociedad, replegada narcisísticamente en la autopreservación, y con la mirada capturada en lo que “hay que ver”. Esto afecta el sentido de **pertenencia** a la comunidad en la que se vive, en relación directa a la ética personal y la solidaridad; que por lo contrario, son deterioradas por la exclusión. Al mismo tiempo, este sujeto de la postmodernidad, menos restringido por “los

⁶ Freud señala que un efecto de siniestro se produce fácilmente cuando la distinción entre imaginación y realidad se borra; y lo relaciona con la omnipotencia del pensamiento

valores ciertos" y los discursos instituyentes, tiene potencialmente una mayor capacidad imaginativa, y la capacidad de crear formas de socialización inéditas.

Esto es de importancia fundamental, en estas épocas en que la delimitación de la solidaridad se ha vuelto dilemática: a quienes incluimos en esta solidaridad, y en que grado nos compromete? si uno ha de experimentar el hambre de cada hambreado, el sufrimiento de cada uno que sufre, el dolor y la impotencia nos paralizan; el otro polo implica una delimitación narcisista de este nivel de compromiso, trátase de un narcisismo mas cerrado, o lo que denomino narcisismo informado, donde el enterarse y difundir información de algún modo parecen suplir la sensación de falta de solidaridad.

El narcisismo es estructural a la condición humana. El recién nacido, en su inermidad, se constituye como sujeto, inmerso en las investiduras narcisistas parentales; uno llega a **ser**, a través de la atribución de existencia y de valor de los otros significativos. Es desde el otro que nos es brindada la identificación simbólica, y ese otro es investido de la omnipotencia que le atribuye el bebé, que al principio se siente formando una unidad con él, y puede ir diferenciándose progresivamente. Huella de estos primeros momentos de la existencia, es la persistencia en todos nosotros, de un deseo secreto de re-encontrar este vínculo, que habitualmente se desplaza a situaciones más complejas: la familia, el grupo, el estado, de los que se espera que ejerzan una función amparadora y de reconocimiento que sustenta el Yo. Cuando estas estructuras depositarias fallan en su función, sobreviene una sensación de desprotección, desorganización, y el terror al aniquilamiento cuyas manifestaciones clínicas, por ej. en forma de crisis de pánico, nos encontramos hoy día con tanta frecuencia. La persistencia, o reactivación de estas situaciones infantiles por exclusión y trauma social, intensifican el poder alienante del discurso del Otro, que puede constituirse en lo que Piera Aulagnier denomina el "discurso del conjunto", que hace que el sujeto excluido se identifique con el discurso que lo excluye.

En este punto, es importante considerar lo planteado por Lyotard en su concepto de diferendo: cuando la víctima se ve despojado de los medios de argumentar, porque la resolución del diferendo se hace en el idioma de la parte dominante, y la injusticia sufrida por el otro no se significa en ese "idioma": el lenguaje del banquero o del burócrata, por ej.) Esta diferencia idiomática puede estar al servicio de racionalizar la negación del otro.

En determinadas configuraciones, el sujeto busca este vínculo en sí mismo, y se atribuye y muchas veces ejerce la omnipotencia tan anhelada; preserva su vulnerabilidad, negando la existencia del otro o la importancia que tiene para él; se apropia del discurso del Amo. Es decir, la antítesis de la solidaridad, que implica el reconocimiento del otro como semejante. Sabemos que la posición narcisista implica una negación de la propia dependencia; desmentir que siempre dependemos del otro, de la Sociedad y del mundo en que vivimos. En un viaje reciente a Costa Rica, había en el costado de la ruta un cartel que decía: "Cuide el mundo; recuerde que también es el suyo". Quizás esto nos dé un primer atisbo de ese fenómeno tan generalizado y aterrador, en que el desconocimiento del otro conduce a su sojuzgamiento, exclusión o aniquilamiento, a través de negarle su condición de semejante. Nos adentramos aquí en la patología de los ideales, de tanta trascendencia en nuestros tiempos.

Otro aspecto importante a considerar en la patología del narcisismo, es lo que hace a la desmentida de la envidia. El sujeto narcisista omnipotente, desmiente no solo su interdependencia, sino también su propia envidia, al posesionarse o sentirse acreedor a los bienes "envidiables"; su propia envidia, con sus efectos destructivos, lo ubica en aquellos que son despojados en aras de la misma. Precisamente, la idea del "overflow" de la riqueza que sustentan ciertas teorías neo- liberales de la economía, que suponen que el aumento de la riqueza de una Sociedad tendrá como efectos una mayor distribución global de esta riqueza,

se basan en la desmentida de la envidia, que hace que los que detentan el poder no acepten compartir una mayor disponibilidad de los bienes, en función de un mayor bienestar general, sino que buscan acapararla; la historia de incremento de la inequidad muestra a las claras la falacia de ese supuesto. Me parece llamativo este paralelismo entre los efectos sociales de la desmentida de la envidia, con sus efectos a nivel individual en la constitución de las patologías narcisistas.

Recordemos que Freud señalaba que en el curso de un desarrollo apropiado, el hombre va resignando parte de su narcisismo originario, siendo los herederos del mismo lo que él denomina Ideal del Yo que además de ser un ideal individual, es un ideal cultural. El sujeto acepta resignar el pensarse perfecto y omnipotente, merecedor de todo el bien, y acepta subordinarse a una cultura cuyos valores comparte: el Ideal del Yo es una aspiración, no un hecho. En la medida que el sujeto logra identificarse con los demás, sentirse formando parte de un todo, de una cultura, es el bienestar de esa cultura la fuente de satisfacción narcisista. Cuando esta resignación no se produce, o se la pierde, se configura lo que Freud denomina Yo-ideal, en el que el sujeto se siente dueño o legítimo aspirante a todos los bienes, y no existe la noción de semejante; la alteridad del otro es justificativo de su desconocimiento, despojo o destrucción. Por supuesto hoy sabemos que estos fenómenos no solo se dan a nivel individual; Esta modalidad de funcionamiento también ocurre a nivel grupal y hasta de naciones. Christopher Lash han definido nuestra era como la cultura del narcisismo. Y los efectos de la cultura en la constitución de los ideales nos son bien conocidos.

Esta diferencia entre el Ideal del Yo y el Yo ideal también se refleja en el modo en que concebimos la temporalidad: El Yo Ideal es una aspiración, implica un proyecto a futuro; el Yo Ideal es instantáneo. Ello nos permite comprender el aparente desprecio de nuestra civilización por su propio futuro: la destrucción ambiental en aras de una ganancia inmediata, los efectos devastadores de la desnutrición y la carencia educativa y de cuidados de la salud en los niños, que representan nuestro futuro, son evidencias flagrantes de esta "cultura de lo instantáneo" evidenciando un sistema de ideales infiltrado por la pulsión de muerte, que sustenta la justificación de la destrucción del Otro y de nuestro mundo, en aras de valores políticos, religiosos o económicos. Al incluir entre los bienes psíquicos de una cultura sus valores e ideales, los aportes que podamos hacer a la comprensión de la estructuración de estos ideales, el contribuir a que incluyan los de bien común, salud mental, solidaridad, etc., forma parte de nuestra responsabilidad social.

¿Y que pasa con el tiempo en estos tiempos? El tiempo que Kant señalaba como una de las formas necesarias del pensamiento? Freud hablaba de la atemporalidad del Inconciente, para contraponerlo a la temporalidad lineal del sistema Pcs. sobre el que recaerá"... **el hacer posible la comunicación entre los diferentes contenidos ideacionales de modo que puedan influirse mutuamente, el darles un orden en el tiempo, y erigir la censura o las varias censuras**" (1915, p 187) He señalado en mi trabajo "Temporalidad y Narcisismo" que la atemporalidad del Inconciente se refiere a la temporalidad lineal, existiendo en él otras modalidades de temporalidad: la temporalidad fragmentada del autismo, el tiempo circular o congelado del narcisismo, el tiempo reversible, etc.

La postmodernidad deconstruye una idea a priori de un tiempo vacío y homogéneo, que estaba en la base de la idea de progreso, ya lineal ya en espiral dialéctica. La irrupción mediática modifica las categorías de tiempo tradicionales: la secuencia, el antes y el después, se ven trastocados; la idea de lo instantáneo, de la información "en tiempo real" invade el tiempo de la espera, que también es el tiempo de la reflexión. El videoclip sustituye a la

película; el “no hay tiempo”, coexiste con el “hay que matar el tiempo”. Las temporalidades del Inconciente se han establecido en la cultura; al mismo tiempo el mercado global se rige por valores de una temporalidad lineal deshumanizada, en la que queda abolido el tiempo del sujeto

Siendo, como nos lo enseña Freud, la temporalidad consustancial con la percepción y la atención, base de nuestra conexión con la realidad y el reconocimiento del prójimo, no es extraño que estos hayan sufrido una alteración en su esencia. Tengamos presente que la temporalidad y la historización son, como nos lo recuerda Piera Aulagnier, las caras visibles del proceso identificatorio.

El sentimiento de identidad, la discriminación sujeto-objeto, la historia, la memoria, los pensamos como dependientes de una continuidad temporal, que aunque pueda ser falaz, nos es constitutivo; lo que nos pone en la necesidad de reformular aquellas en función de las nuevas temporalidades. Como psicoanalistas estamos habituados a trabajar con el cuestionamiento de la temporalidad lineal; ahora tenemos que dar respuestas a las consecuencias de su deconstrucción cultural. En este sentido, como dijimos, es importante tener presente la diferencia temporal entre el Ideal del Yo como una aspiración, y por lo tanto ubicado en el futuro, mientras que el Yo-ideal narcisista es instantáneo.

En la “era del vacío” de Lipovetzky, lo transitorio y tangible es sostenido como un valor en relación a la permanencia. Y el efecto de la permanencia, de la continuidad (junto con la discontinuidad) no son un elemento constitutivo del establecimiento de vínculos? Parafraseando a Marc Augé, podríamos hablar del establecimiento de no-vínculos? ¿Y como se constituye la subjetividad entonces? ¿Será que el establecimiento de estos no-vínculos en el Yo tienen que ver con la progresiva narcisización de la cultura? Porque esta narcisización juega un papel fundamental en el modo que los humanos se tratan unos a otros, a su entorno, a su futuro, a sus ideales y valores. En esta época que hemos renunciado a la idea de una ética absoluta, en la acepción que le da Kant, y hemos aprendido su relatividad en el sentido Hegeliano, como y con que elementos definimos los límites de esta relatividad? La misma duda surge frente a otro tema tan central en nuestras preocupaciones, el tema de la corrupción. Todos hemos aprendido dolorosamente, que para nuestra supervivencia en la Sociedad, nos resulta imprescindible tolerar ciertos grados de corrupción; a la vez conocemos los efectos tóxicos del mismo sobre el tejido social. La corrupción, como toda perversión, trata de imponer una desmentida: la de que el bien adquirido a través de ella no causa perjuicios; es decir, implica la negación de otro despojado o dañado.

La consideración del tiempo también nos lleva a interrogarnos acerca de la repetición, noción eminentemente ligada al de la temporalidad. Se ha dicho que los pueblos que no recuerdan su historia están condenados a repetirla. Y sabemos hoy que las repeticiones pueden ser transgeneracionales. Quizás debamos interrogarnos acerca del efecto de las repeticiones transgeneracionales de las grandes catástrofes de la humanidad en las manifestaciones tanáticas de la cultura que hoy atribuimos a la pulsión de muerte desligada.

Cada vez más desligada, a medida que los procesos de ligadura se van fragmentando. ¿Qué relación guardan estas repeticiones transgeneracionales con lo que entendemos como pulsión de muerte?

Otro aspecto a considerar es el cambio en el estatuto del cuerpo. Este ha pasado de ser algo íntimo y personal, sede del placer y el sufrimiento, sujeto a una larga historia represiva, un cuerpo supeditado al alma, dice Platón, a ser un cuerpo más para mostrar y ver, un cuerpo mercantilizado, cosificado, un cuerpo que es más superficie que interioridad. Un cuerpo cuyo interior se externaliza con el aporte de la tecnología, no solo al servicio del conocimiento médico, sino también de la escoptofilia y la hipocondría. Un cuerpo fragmentado, invadido. Freud nos enseñó que el Yo es ante todo un Yo corporal; como se integran en este Yo los implantes? O bien ¿que implantes necesita el Yo para adecuarse al ideal narcisista que demanda el mercado? Implantes y descartes, contrastando el cuerpo desencarnado de la anorexia, o la enormidad de los cuerpos consumidos por la desnutrición. Recientemente la FAO ha dado a conocer cifras espeluznantes: una persona muere en el mundo por efectos de la desnutrición cada 4 segundos. La Sociedad se ha vuelto antropófaga, convierte la sustancia corporal arrebatada a los desnutridos en dinero.

Tengamos presente que el cuerpo es la propiedad última del ser humano, la última propiedad. El Yo, como decía Freud, es ante todo un Yo corporal. Es como el ser humano representa a su Yo. La violencia ejercida sobre los cuerpos, las torturas, las violaciones, no solo producen un daño material: buscan destruir la identidad del sujeto, llevarlo a asumir ese "no ser una persona" en la que necesita sumirla el otro para sostener su propia posición de Amo.

La desmentida social del envejecimiento y de la muerte, versión narcisista de la existencia humana, son temas que necesitamos conceptualizar mejor. La posibilidad de clonación humana, como medio asexuado y narcisista de reproducir el propio yo, abre nuevas interrogantes en el campo de por sí complejo de la sexualidad en estos tiempos.

Asistimos a una aparente desinhibición de las conductas sexuales, que proliferan, se publicitan, se mercantilizan; uno se pregunta ¿dónde queda la represión? No parece recaer tanto en las acciones sexuales, sino sobre el modo de vivirlos como algo íntimo y personal, compartido y comprometido. El SIDA, con su peculiar entrelazamiento de la sexualidad y la muerte, impacta en la confiabilidad del partenaire amoroso, haciéndolo un sospechoso del cual hay que **preservarse** o eventualmente un cómplice en la autodestrucción.

Habremos de preguntarnos que incidencia tiene todo esto en los modos de estar sano o enfermo, en las modalidades de atención cada vez más deshumanizadas tanto para el enfermo como para el prestador, por no hablar de los que no acceden a tal atención,⁷ donde la salud, proclamada como Derecho (Declaración Universal de los Derechos del Hombre, O.N.U. 1948) pasa a ser una mercancía más. La Salud mental no solo es un bien en sí mismo, sino que tiene repercusiones en la salud global, en la economía a través de los costos de la enfermedad⁸; también en la convivencia social: por ej. el monto de violencia delictiva y no delictiva es directamente proporcional al grado de malestar psíquico en la población.

⁷ Según el Prof. A. Roncoroni, el 30% de nuestra población carece de cobertura médica

⁸ En EE.UU se ha calculado que la pérdida económica anual asociada a la depresión: perdidas en jornadas de trabajo, costo de accidentes, atención médica de intentos de suicidio, etc. ronda los \$50.000.000.- de dólares. Este año, que la O.M.S. dedica a la Salud Mental, con el lema " sí a la atención, no a la exclusión", 400.000.000 de personas sufren de desórdenes mentales o neurológicos.

Como la Salud es un bien no solo individual sino también social (es de todos y nos afecta a todos, aunque las alteraciones puedan aparecer de distintas maneras en distintos focos); también la tarea de preservarla es responsabilidad de toda la Sociedad, de cada uno de los que la integramos; a su vez, el ejercicio de esta tarea contribuye a la propia Salud Mental. Una de los objetivos fundamentales que debemos plantearnos, es como lograr la comprensión y la puesta en práctica de este hecho: que participar activamente en el cuidado de la propia salud y la de los otros, forma una parte esencial del estar sano. Uno de los elementos que definen la Salud es el sentido de participación: todos podemos y debemos hacer algo para contribuir a ella. Cuando uno siente que no se puede hacer nada, que la responsabilidad es de otros, se refugia en la pasividad o la negación, que son síntomas que agravan el sentimiento de abatimiento o ajenidad, y que pueden llevar al extremo de la adscripción resignada, sin cuestionamiento, del mismo discurso social que lo excluye, lo deteriora o lo destruye. El sentimiento de pertenencia, de solidaridad, la preservación y el disfrute real de los derechos propios y la preocupación solidaria por los derechos ajenos, de la posibilidad de entender y compartir las representaciones sociales son fundamentales. Entre estas representaciones, el trabajo y los derechos humanos son esenciales.

El concepto amplio de la salud mental, conlleva necesariamente la responsabilidad de dar cuenta de otro modo de los factores que lo alteran. Requiere ampliar o modificar una concepción individualista de los procesos de salud y enfermedad, entendiéndolos como fenómenos globales: la salud mental es un bien de la Sociedad, como lo son su identidad, su cultura, sus ideales.

Así, la responsabilidad del profesional de la salud mental incluye su aporte a desalienar el discurso social, no siendo un portador acrítico del mismo; implica una contribución a la construcción de los ideales sociales, y a la comprensión de la propia sociedad de los efectos que sus acciones tienen. Esta responsabilidad nos exige una renuncia a la propia omnipotencia, sustentada en el pasado de una delimitación de nuestro hacer y pensar a un campo restringido, en el que estos fenómenos globales, los efectos en este entrecruzamiento de los hilos subjetivos, vinculares y sociales eran negados o minimizados.

Creo que forma parte de los desafíos que debemos enfrentar, el replantear nuestros modelos de salud, nuestras concepciones de familia y de sociedad, los procesos de subjetivización, la patología del narcisismo en nosotros mismos y en los demás, tomando en cuenta el estado actual del imaginario social, pero sin subordinarnos por completo a ella. Para ello, necesitamos desarrollar nuestra capacidad creativa, nuestra imaginación. Creo que una de nuestras funciones fundamentales es la de no ser portadores acríticos de las representaciones colectivas, sino contribuir a semiotizar y diferenciar para nosotros mismos y para los demás la complejidad del nuestro mundo, a insertar nuestro texto en el infinito encadenarse de la intertextualidad. Y siendo la base del concepto "intertextualidad" el carácter dialógico del discurso, es hora que mi monólogo ceda paso al diálogo.

Referencias bibliográficas:

Alizade AM, Boschan PJ, Linietsky J y Mandet E 1996: Pensando la clínica y la psicopatología actuales Revista de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados, 22, 35

Aulagnier P. : La violencia de la interpretación Buenos Aires, Amorrortu 1977

Berman M: Brindis por la modernidad . En Casullo

Bohleber W. 2007 Recuerdo, trauma y memoria colectiva; la batalla por la memoria en Psicoanálisis Psicoanálisis APDEBA XXIX :1 43-74

Boschán P.J. 1991: Temporalidad y narcisismo. En Psicoanálisis Apdeba **13**:1 21

----- 1995: Psychic reality and de Freud Ferenczi controversy. Congreso Psicoanalítico Internacional, San Francisco.

Casullo N. (comp.)El debate modernidad posmodernidad. Ed El Cielo por Asalto Bs. Aires 1989

Châtelet Francois: Una historia de la razón Nueva Visión, Bs. Aires 1993

Conferencia Internacional: "Al fin de la batalla" Lima, Noviembre 2001

Elliott A. Sujetos a nuestro propio y múltiple ser Amorrortu, Bs Aires, 1997

Fraser JT (ed.): The voices of Time . N.York, Braziller, 1966

Freud S.: 1927 El porvenir de una ilusión

-----: 1930 El malestar en la cultura

Gurman H. , Muchnik AM : Psicoanálisis y Cultura: entre el diván y la comunidad XXIII Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis

Lash S. Postmodernidad y deseo. En Casullo

Lyotard J.F. Qué era la postmodernidad. En Casullo

Merea EC La extensión del Psicoanálisis Paidós Bs Aires 1994

Moreno M. 2001 : Familia y Edipo en un mundo de probeta. **Página 12** 1/4/2001

Roudinesco E. ¿Porque el psicoanálisis? Paidós2000

Scavino,D. : La Filosofía actual. Paidós, 1999

Viñar Marcelo N. 2000: Disparen sobre el psicoanalista. Psicoanálisis y Cultura Conferencia en Apdeba,

Descriptores: **REALIDAD – TIEMPO – DEVENIR – RESPONSABILIDAD**

ⁱ La base del concepto "intertextualidad" es el carácter dialógico del discurso que proviene de Bajtin. Julia Kristeva se basó en las teorías del filólogo ruso para crear dicho término. Bajtin nos habla de fuerzas centrípetas de la vida del lenguaje que actúan dentro de un plurilingüismo efectivo. El discurso literario no es un todo autónomo y cerrado sino un diálogo entre voces y el lector no es un ser pasivo sino que se convierte en un oyente activo.